

LIBRO SEXAGÉSIMO PRIMERO

SEGUNDA ABDICACIÓN

Sucesos militares en las diversas fronteras. - Combates afortunados y armisticio en Saboya. - Derrota de los vandeos y tregua con los jefes de la insurrección. - Llegada de Napoleón a Laón. - Redacción del Boletín de la batalla de Waterloo. - Napoleón juzga si debe permanecer en Laón para reunir al ejército en este punto ó dirigirse á París para pedir á las cámaras nuevos recursos. - Adopta el último partido. - Efecto que produce en París la fatal noticia de la batalla de Waterloo. - La idea que se apodera de todos los ánimos es la de que Napoleón, no sabiendo ó no pudiendo vencer, se convierte en lo sucesivo para la Francia en un peligro sin compensación. - Casi todos los partidos, excepto el revolucionario y el bonapartista irrevocablemente comprometidos, quieren que abdique para poner término á los peligros que atrae sobre la Francia. - Intrigas de Mr. Fouché, quien se imagina que llegará á ser dueño de la situación cuando Napoleón desaparezca de la escena política. - Medios de que se vale para ganar la voluntad de los representantes. - Los exhorta á que se opongan á Napoleón si éste quiere comprometer á la Francia en una lucha desesperada. - Llegada de Napoleón al Elíseo el 21 de junio por la mañana. - Su postración física. - Desesperación de todos los que le rodean. - Consejo de ministros al que asisten los príncipes José y Luciano. - El mariscal Davout y Luciano opinan que deben prorrogarse inmediatamente las cámaras. - Confusión y silencio de los ministros. - Napoleón parece creer que ya ha pasado el tiempo del 18 brumario. - Mientras que deliberan, Mr. Fouché envía á Mr. de Lafayette el aviso de que Napoleón se propone disolver la cámara de los representantes. - Gran rumor en esta cámara. - A propuesta de Mr. de Lafayette se declara traidor á cualquiera que procure prorrogar ó disolver la cámara de los representantes, y se intima á los ministros para que acudan á dar cuenta de la situación del país. - Lanzados los ánimos por esta pendiente no se detienen y se habla en todas partes de abdicación. - Irritado Napoleón sale de su abatimiento y se muestra dispuesto á tomar medidas violentas. - Mr. Regnaud, bajo la influencia secreta de Mr. Fouché, procura calmarle y le sugiere la idea de la abdicación, idea que Napoleón no rechaza. - Entretanto la cámara de los representantes, vivamente agitada, insiste en pedir una respuesta del gobierno. - Los ministros acuden por fin á las dos cámaras y proponen la formación de una comisión de cinco miembros para que busquen los medios de salvar al país. - Discurso de Mr. Jay, por medio del cual suplica á Napoleón que abdique. - Respuesta del príncipe Luciano. - La asamblea no quiere arrancar el cetro á Napoleón, pero desea que lo abandone él mismo. - Acepta la proposición de los ministros y nombra una comisión de cinco miembros encargada de buscar los medios de salvar al país. - La cámara de los pares sigue en todo el ejemplo de la de los representantes. - Napoleón se ve rodeado por personas que le aconsejan la abdicación. - Su hermano Luciano le aconseja, por el contrario, que tome medidas enérgicas. - Razones de Napoleón para no adoptarlas. - Sesión nocturna celebrada en las Tullerías por los comisionados de las dos cámaras. - Mr. de Lafayette aborda francamente la cuestión de la abdicación. - Se niegan á escucharle para ocuparse de medidas financieras y del alistamiento; pero Mr. Regnaud dice que tratando con buenas maneras á Napoleón, conseguirían en seguida cuanto quisieran. - Reseña de esta sesión comunicada á la cámara de los representantes. - Impaciencia que causa la insignificancia de esta reseña. - El general Solignac, que hacía tiempo se hallaba en desgracia, pide á la asamblea que respete la desventura del jefe del Estado y corre al Elíseo á pedir la abdicación. - Napoleón le acoge con amabilidad y le promete dar á la cámara una pronta y completa satisfacción. - Segunda abdicación. - Napoleón pone por condición la transmisión de la corona á su hijo. - Presentada la abdicación á la cámara, se muestra esta corporación satisfecha y cede á un enternecimiento general. - Nomenclación de una comisión ejecutiva para suplir al poder imperial. - Son elegidos miembros de esta comisión Mr. Carnot, Mr. Fouché, Mr. Grenier, Mr. Caulaincourt y Mr. Quinette. - Mr. Fouché llega á ser presidente votándose á sí propio. - Mr. Fouché devuelve secretamente la libertad á Mr. de Vitrolles y entra en negociaciones con los realistas. - Preferiría más á Napoleón II, pero conociendo que los Borbones están llamados á obtener el triunfo se decide á tratar con ellos. - Escenas en la cámara de los pares. - La Bedoyere querría que se proclamase acto continuo á Napoleón II. - Altercado entre Ney y Drouot relativamente á la batalla de Waterloo. - Viendo Napoleón que se trata de eludir la cuestión relativa á la transmisión de la corona á su hijo, se queja á Mr. Regnaud de haber sido engañado. - Mr. Regnaud, Mr. Boulay de la Meurthe y Mr. Defermón le prometen hacer al día siguiente un esfuerzo en favor de Napoleón II. - Sesión borrascosa del 23 en la cámara de los representantes. - Mr. Boulay de la Meurthe denuncia las intrigas realistas y quiere que se proclame inmediatamente á Napoleón II. - La asamblea en masa se halla dispuesta á proclamarle. - Mr. Manuel logra calmarla con un discurso hábil y consigue que se adopte el orden del día. - Diversas medidas votadas por la cámara. - Lo que pasaba por entonces en las fronteras. - Reunión del ejército en Laón y milagrosa salvación de Grouchy. - El ejército tiene todavía sesenta mil hombres que sienten renacer su ardor al escuchar el nombre de Napoleón II. - Grouchy toma el mando y dirige el ejército hacia París siguiendo la orilla izquierda del Oise. - Apenas llega á noticia de los generales extranjeros la abdicación se apresuran á ir á París; pero Blücher, siempre el más fogoso, se anticipa dos días á los ingleses. - Agitación creciente en París. - Los realistas piensan en intentar un movimiento, pero Mr. Fouché los contiene valiéndose de Mr. de Vitrolles. - Los bonapartistas y los revolucionarios quisieran que Napoleón se pusiese á su cabeza, deshaciéndose de las cámaras. - Afluencia de confederados en la avenida de Marigny y sus aclamaciones en cuanto aperciben á Napoleón. - Inquietudes de Mr. Fouché y su deseo de alejar á Napoleón. - Confía este cuidado al mariscal Davout, quien se dirige al Elíseo para pedir á Napoleón que salga de París. - Napoleón se traslada á la Malmaison y desea que le den dos fragatas que estaban en la rada de Rochefort, para retirarse á la América. - Mr. Fouché envía á pedir salvoconductos al duque de Wellington. - Napoleón espera la respuesta en la Malmaison. - El general Beker recibe el encargo de vigilarle. - Mr. de Vitrolles insiste con Mr. Fouché para que se ponga fin á la crisis. - Mr. Fouché hace recaer la dificultad en los militares, procurando que ellos mismos declaren que no pueden defenderse. - Los ojos de los realistas se vuelven hacia el mariscal Davout. - El mariscal Oudinot entra en negociaciones con el mariscal Davout. - Éste declara que si los Borbones consienten en regresar sin los soldados extranjeros, en respetar á las personas y en consagrar los derechos de la Francia, él será el primero en proclamar á Luis XVIII. - El mariscal Davot da con toda franqueza un paso en este sentido cerca de la comisión ejecutiva. - Mr. Fouché no se atreve á sostener la proposición de Davout. - En aquel instante llega un informe de los negociadores enviados á los soberanos aliados, y después de leerlo se figuran que las potencias europeas no tienen absolutamente

interés en restablecer á los Borbones. - Este informe da ocasión á un nuevo pretexto para aplazar toda resolución. - Los ejércitos enemigos se acercan á París. - Se nombran nuevos negociadores para obtener un armisticio. - Disposiciones particulares del duque de Wellington. - Su gran prudencia. - Sus consejos á la corte de Gante. - Disposiciones de esta corte. - Ideas de venganza. - Desencadenamiento contra Mr. de Blacas, y gran favor que adquiere Mr. Fouché. - Imperio momentáneo de Mr. de Talleyrand. - Llegada de Luis XVIII á Cambrai. - Su declaración. - El duque de Wellington no quiere que se entre á viva fuerza en París, y desea por el contrario una entrada pacífica para no impopularizar á los Borbones. - Violencia del mariscal Blücher, que piensa en desembarazarse de Napoleón. - Nobles palabras del duque de Wellington. - Los encargados de negociar el armisticio tratan con este último. - Exige que le entreguen á París y á Napoleón. - Mr. Fouché se decide á hacer partir á este último á toda prisa. - Napoleón, informado de la marcha de los ejércitos enemigos y sabiendo que los prusianos llevan dos días de delantera á los ingleses, ofrece á la comisión ejecutiva ponerse al frente del ejército por algunas horas, promete ganar una batalla y ceder en seguida su puesto. - Esta proposición es rechazada. - Salida de Napoleón para Rochefort el 28 de junio. - Sabiendo el duque de Wellington que se ha marchado Napoleón, no puede pedir su persona, pero significa que es necesario decidirse á aceptar á los Borbones, y promete de su parte la más prudente conducta. - Conversación con los negociadores franceses. - Los agentes secretos de Mr. Fouché le dirigen datos conformes con los que envían los negociadores, resultando de unos y otros que los Borbones son inevitables. - Mr. Fouché comprende que es preciso abandonar los paliativos, y convoca un gran consejo al que son llamadas las mesas de las cámaras y muchos mariscales. - Quiere que recaiga la responsabilidad sobre el mariscal Davout, procurando que declare la imposibilidad de la defensa. - El mariscal, irritado con las bajas maquinaciones de Mr. Fouché, anuncia que está pronto á librar la batalla y responde de que vencerá si no le matan en las dos primeras horas. - Situación embarazosa de Fouché. - Dictamen de Carnot sosteniendo que es imposible la resistencia. - Se somete la cuestión á un consejo especial de militares. - Mr. Fouché presenta la cuestión de un modo conveniente para obtener los resultados que desea. - En vista del informe de este consejo se reconoce que hay absoluta necesidad de capitular. - Brillante combate de la caballería ligera de Exelmans contra los prusianos. - A pesar del triunfo todo el mundo reconoce la necesidad de entrar en negociaciones. - Se envían comisarios al mariscal Blücher que está en Saint-Cloud. - Estos comisarios pasan por el cuartel del mariscal Davout. - Escenas que presencian. - Se trasladan á Saint-Cloud. - Convenio para la capitulación de París. - Sentido de sus diversos artículos. - El ejército francés debe retirarse detrás del Loira y sólo la milicia nacional de París dar el servicio de la capital. - Escenas de los confederados y del ejército francés al atravesar por París. - Mr. Fouché tiene una entrevista en Neuilly con el duque de Wellington y Mr. de Talleyrand. - No pudiendo obtener condiciones satisfactorias se resigna y acepta la cartera de la policía. - Sus colegas se consideran como vendidos. - Vuelve á Neuilly y consigue una audiencia de Luis XVIII. - Dispone todo lo necesario para la entrada de este monarca y manda cerrar el recinto de las cámaras. - La opinión general es que Mr. Fouché ha hecho traición á todos los partidos. - Resumen y apreciación del período histórico llamado de los Cien-Días.

Los sucesos en las fronteras del Este y del Mediodía habían sido menos grandes y menos desgraciados que los acaecidos en la del Norte.

El general Rapp se encerró en Estrasburgo, el general Lecourbe en Belfort, y este último, después de ejecutar combates que eran dignos del tiempo en que disputaba los Alpes á los rusos y á los austriacos, concluyó por contener al enemigo. En la frontera de Suiza y de Saboya, el mariscal Suchet, siempre afortunado, siempre hábil, logró con un ejército de diez y ocho mil hombres causar respeto á un ejército de sesenta mil. No contando más que con ocho ó nueve mil hombres de tropas de línea y sobre poco más menos otros tantos de milicianos nacionales, defendió el Jura y los Alpes desde los Roussets hasta Brianzon, puso á Lyon en estado de defenderse y disputó con sus tropas activas las cercanías de Chambery. Aprovechándose de las torpezas de los austriacos los rechazó, y al tener noticia del desastre de Waterloo les propuso sin pérdida de tiempo un armisticio. Habiendo exigido el enemigo que le entregase á Lyon y Grenoble, el mariscal indignado le atacó con vigor, y entre muertos y prisioneros le inutilizó tres mil hombres. Desconcertado el general austriaco Frimont, aceptó el armisticio ofrecido por el mariscal, y consintió en tomar la frontera de 1814 por línea de separación de los ejércitos beligerantes.

En Vendée fué también favorable la fortuna. Ya hemos dicho que los jefes vandeos con la sorpresa de Aizenay se dispersaron descontentos de los ingleses y de Mr. de la Rochejaquelein, próximos á recaer en sus antiguas divisiones. Nombrado general en jefe de la insurrección Mr. Luis de la Rochejaquelein, confió la dirección de su estado mayor á un antiguo oficial republicano disgustado con el imperio, al general Canuel. Aun cuando costase trabajo á Mr. de Sapinaud, á Mr. de Suzanet y á Mr. de Autichamp reconocer un

jefe único, se sometieron á ello por deferencia á la autoridad real y por respeto al ilustre nombre de la Rochejaquelein. Mr. Luis de la Rochejaquelein, impulsado por el general Canuel á centralizar el mando sobre poco más ó menos como en un ejército regular, no tardó en lastimar á los diversos jefes con una dirección antipática á las costumbres vandeas, y después se puso en pugna con sus miras al querer conducirlos al Marais, para recibir en este punto de la flota inglesa socorros en cuya llegada no creían. Presentaron objeciones fundadas primero en la poca confianza que les inspiraba el concurso de la Inglaterra, y después en el peligro que corrían aglomerándose en el Marais entre las tropas del general Travot que se hallaban en Bourbon-Vendée y las del general Lamarque que estaban en Nantes, un país despejado en el que siempre habían sido vencidos y en el que se exponían á morir de hambre. En aquellos momentos acababan de llegar á la Vendée Mr. de la Beraudiere, Mr. de Malartic y Mr. de Flavigny, enviados por Mr. Fouché para proponer una suspensión de armas, puesto que debiendo ventilarse en Flandes la cuestión, era inútil derramar sangre en Vendée, donde no podría resolverse nunca. Mr. Luis de la Rochejaquelein tuvo noticia de estas negociaciones, y culpando por haberlas entablado á Mr. de Sapinaud, á Mr. de Suzanet y á Mr. de Autichamp, los destituyó de sus mandos como infieles á su causa. En Vendée era conferido el mando por el pueblo y no por el rey; así es que los tres jefes anteriormente citados permanecieron al frente de sus tropas y dejaron á Mr. Luis de la Rochejaquelein que fuera á combatir en el Marais, en donde por un exceso de bravura se hizo matar á la cabeza de una columna de mil quinientos hombres, la cual no tardó en ser dispersada.

Sucedíendole Mr. de Sapinaud en el mando general, los jefes tomaron de nuevo las armas y marcharon hacia

la Roche Servién, en donde hallando al general Lamarque, experimentaron una sangrienta derrota y perdieron más de tres mil hombres. Mr. de Suzanet cayó en este combate atravesado por las balas. Convencidos de que no podían sostenerse y de que otros debían ser los que restableciesen la monarquía, los jefes vandeanos, escuchando por fin las proposiciones de Mr. Fouché, firmaron la paz de su provincia, después de haber vertido inútilmente su sangre y la de los bravos soldados, que hacían más falta en Flandes que en Vendée.

Así pues, lo mismo en las fronteras que en el interior, nada se había perdido definitivamente, si sabía soportarse en París el gran desastre de Waterloo.

Napoleón se dirigió al salir de Charleroy hacia Philippeville con un escaso número de jinetes pertenecientes á todas las armas, y llegando delante de esta plaza el 19 por la mañana, le costó gran trabajo que le abrieran las puertas de la ciudad, porque su gobernador no podía reconocer en aquel estado al emperador de los franceses. Admitido poco después con respeto y dolor en el interior de esta plaza, encontró Napoleón en ella á Mr. de Basano y algunos de sus oficiales, todos consternados, todos sin bagaje, porque nada absolutamente, ni aun los carruajes imperiales, habían podido ser salvados del desastre. Después de algunos momentos consagrados á tristes expansiones, expidió diversas órdenes, escribió á su hermano José para comunicarle su último revés, para invitarle á convocar á los ministros y á preparar con ellos las resoluciones que exigían las circunstancias; después escoltado por los servidores que acababa de reunir, subió á uno de los pésimos coches que pudieron proporcionarle y se encaminó á Laón, adonde había mandado que se reuniesen los restos del ejército.

Al llegar á Laón, precedido por el rumor de las desgracias de la Francia, Napoleón recibió de las autoridades de la ciudad y de los jefes de la guarnición testimonios de dolor que le conmovieron, después de lo cual consagró las primeras horas á deliberar sobre la conducta que debería observar. De una sola ojeada abarcó el porvenir cercano que le estaba reservado, y comprendió quizás demasiado que, cualquiera que fuese su conducta, el resultado sería el mismo. Había jugado su fortuna á los dados: no acertó, y su fortuna se hallaba evidentemente perdida. Inspirándole una sorprendente resignación este modo de ver las cosas, iba quizás al mismo tiempo á disminuir su energía, y hasta el cuidado en discutir los diversos partidos que debía tomar. Una especie de indiferencia, tranquila y dulce algunas veces, amarga y despreciativa otras, iba á ser su disposición constante en un momento en el que, con menos penetración y más deseo de salvarse, hubiera podido conjurar al destino, por lo menos durante algunas horas. Con efecto, lo único que podía ganar eran algunas horas, y era poco probable que por semejante premio se dignase intentar un gran esfuerzo.

Lo que más apremiaba era dar á la Francia cuenta exacta de la batalla del 18 de junio. Napoleón tenía á su lado á Mr. de Basano, al gran mariscal Bertrand, al general Drouot y á Mr. de Flahault y de La Bedoyere, sus ayudantes de campo. El mismo redactó el boletín de la batalla con la intención de decir la verdad sin acriminar á nadie. Después de dictarle á toda prisa, le leyó á los asistentes, diciéndoles que podría hacer recaer

sobre el mariscal Ney una parte del desastre, pero que se guardaría muy bien, porque cada cual había hecho lo posible para triunfar, cometiendo torpezas unos y otros. Y efectivamente, hubiera sido cruel hacer responsable de la derrota á un hombre que para impedir la acababa de desplegar un heroísmo tan prodigioso. No pensaba en el mariscal Grouchy, cuya conducta ignoraba y cuya ausencia no atribuía más que á una causa extraordinaria. Todo fué, pues, imputado á las circunstancias, y á la *impaciencia febril de la caballería*. Napoleón, después de consultar particularmente al hombre justiciero y verídico, á Drouot, firmó el boletín enviándolo á París por medio de un correo extraordinario. En seguida discutió con las personas que le rodeaban sobre el partido que debía tomar.

¿Qué iba á hacer en Laón? ¿Esperaría allí con paciencia la reorganización de los restos del ejército? Y estos restos ¿dónde estarían? ¿Serían bastantes para hacer frente al enemigo, para retrasar su marcha al menos algunos días á fin de que París tuviera tiempo de cerrar sus puertas, para armar sus reductos y para reunir los cuerpos encargados de formar su guarnición? ¿No era mejor que, mientras el príncipe Jerónimo reorganizaba el ejército de Laón con el mayor general, corriese Napoleón á París, se presentase á las cámaras, les dijese la verdad y les pidiese recursos para reparar el último desastre? Lo que es recursos no faltaban, si las cámaras francamente unidas al gobierno querían secundarle. Napoleón los había preparado con anticipación y en número considerable, aun en la hipótesis de una gran derrota, para reservarse todavía muchas probabilidades de una afortunada resistencia. Las cámaras podrían contribuir al logro de la causa común con su adhesión: todo dependería de la firmeza y del acuerdo de los poderes públicos. ¿No conseguiría Napoleón esta firmeza, esta armonía de los poderes públicos mucho mejor hallándose presente que lejos de París?

La cuestión era grave, y se presentaba á Napoleón desde el mismo punto de vista por la tercera vez en su carrera. Como reunía en sí la doble cualidad de general y de jefe del imperio, tuvo que preguntarse en muchas ocasiones cuál de estos dos partidos era preferible, el de ofrecer al gobierno su motor principal ó el de dejar al ejército su jefe. En estas diversas ocasiones había sacrificado el interés militar al interés político, y hasta entonces le habían salido sus cálculos á pedir de boca; pero no sin perjuicio de su reputación personal, porque había dado á sus enemigos pretexto para que dijeran que después de poner en peligro á su ejército con sus torpezas, no tenía más cuidado que el de salvar su persona. Esta reconvencción era dictada por la enemistad, porque en ninguna de estas coyunturas había dejado de conseguir su objeto. Con efecto, cuando abandonó al ejército de Egipto para fundar un gobierno en París, logró ser cónsul y emperador. Después de la campaña de 1812, al separarse del ejército en Smorgoni y al atravesar la Alemania antes de que se sublevase, pudo reunir los medios de vencer á la Europa en Lutzen y en Bautzen, lo que hubiera bastado para salvar la corona si hubiera sabido imponer sacrificios á su orgullo. Así, pues, había obrado con habilidad, puesto que la primera vez había conquistado el poder y la segunda lo había conservado. ¿Sucedería lo mismo la tercera?

La resolución de esta cuestión era difícilísima. Cuando volvió de Egipto se presentó con el prestigio de la gloria en contraposición de la impopularidad del Directorio, y no tuvo que hacer otra cosa que presentarse para triunfar. Cuando regresó bruscamente de Rusia, no cesaron de creerle invencible, buscándose sólo en los elementos la explicación de una desgracia considerada como pasajera; además todavía no se concebía ningún otro gobierno que no fuera el suyo, y por estas razones logró que el patriotismo de la Francia le proporcionase los medios de emprender una segunda campaña. Pero entonces todo había cambiado. Los franceses estaban acostumbrados á verle vencedor; no le negaban el genio, pero desconfiaban de su fortuna; se atribuían á su despotismo, á su ambición, las desventuras de la Francia, y sobre todo le achacaban la nueva crisis en que había caído después de su funesto regreso de la isla de Elba. Habiendo dado causa los Borbones con sus torpezas á este regreso, soportaron á Napoleón al ver la predilección que le manifestaba el ejército, con la esperanza de que vencería una vez más; pero al desaparecer la única utilidad que se aguardaba de él, la de vencer; al desaparecer con sus demás prestigios, ¿conservaría algún ascendiente sobre las cámaras, frías ya antes de la derrota, y probablemente más que frías después de consumada? ¿No despreciarían al héroe desgraciado, como suelen hacerlo con frecuencia los hombres? Y en este caso, ¿no era mejor permanecer al frente de un ejército que persistía en idolatrarle, y que no atribuía sus reveses más que á la traición? ¿No aparecería más imponente en medio de este ejército, siempre temible á pesar de haber sido vencido, que en la tribuna de una asamblea, sin piedad para el déspota sin soldados y sin espada?

Un secreto presentimiento decía á Napoleón que era más prudente quedarse en Laón para reunir en este punto los restos de su ejército, que ir á París á ponerse en las manos de una asamblea hostil, y se inclinaba mucho á tomar esta resolución; pero las opiniones fueron diversas y generalmente contrarias entre las personas que le rodeaban. Los unos se hallaban preocupados por lo que habían dicho repetidas veces sus enemigos, que siempre abandonaba á su ejército cuando le veía perdido, y temían que se renovasen estas aserciones en aquellas circunstancias. Otros daban mayor valor á su marcha á París para que sostuviese los corazones, para que conteniendo á los partidos impusiese silencio á las disidencias y agrupase á todos los buenos ciudadanos en torno de una idea, la de resistir al extranjero. Los que se hallaban particularmente dominados por esta consideración, acostumbrados á obedecer á su señor, no conociendo que este ascendiente, en vigor para ellos, no lo estaba ni con mucho para los demás, querían oponerle á la mala voluntad de los partidos en la creencia quimérica de que sería tan eficaz como había sido en otras ocasiones. Ciertamente es que en un momento como aquel, en medio de todas las agitaciones que debían preverse, era de desear que se levantase en París una voluntad poderosa; pero ¿no sería esta voluntad mucho más imponente de lejos que de cerca, y desde el seno de un ejército siempre fanático por su jefe, que desde el desierto palacio del Elíseo? Suponed que una asamblea arrebatada quisiese con sus decretos atentar á la prerrogativa imperial: rodeado Napoleón de sus soldados no podría hacer nada contra él, mientras que hallándose en París, solo, sin más escolta que su derrota, podría violentarle y despojarle de su cetro. Por lo demás, Napoleón descubrió este humillante porvenir sin comunicarlo á los que tomaban parte en la deliberación. Casi todos no vieron más que la necesidad de una mano poderosa en el centro del gobierno para contener las malas voluntades, y creyendo en el poder de una mano, cuya fuerza sentían diariamente, pidieron á Napoleón que se dirigiese á París sin pérdida de tiempo. El emperador persistía en una especie de resistencia silenciosa, cuando dos razones le decidieron á obrar en un sentido contrario al que le aconsejaban sus inclinaciones secretas. Por una parte recibió una carta del conde de Lanjuinais, presidente de la cámara de los representantes, escrita es verdad después de los sucesos de Ligny y antes de la derrota de Waterloo, pero tan llena de sentimientos afectuosos, que en vista de ella podía augurarse bien acerca de las disposiciones de la asamblea. Además, observando todo cuanto le rodeaba en Laón, apenas podía abrigar la intención de detenerse en este punto. Si Napoleón hubiera contado con cincuenta ó sesenta mil hombres para operar entre París y la frontera, nada del mundo le hubiera decidido á abandonarlos, porque con su arte hubiera todavía podido retardar la marcha de los generales vencedores, dar lugar á los ánimos para reponerse, á los milicianos nacionales movilizados para acudir en su socorro, y contener con su arrogante actitud á sus enemigos interiores y exteriores; pero no había encontrado entre Philippeville y Laón más que unos tres mil prófugos, que se retiraban desordenadamente, y necesitaba lo menos ocho ó diez días para reunir veinte mil hombres que pudiesen aparecer como tropas organizadas. «¡Ah! le decían, si Grouchy fuera un verdadero general, si hubiera algún fundamento para esperar que salve á los treinta y cinco mil hombres que se hallan á sus órdenes, no se tardaría en formar detrás de estas fuerzas una masa de veinticinco mil soldados más, siempre adictos al imperio; y con sesenta mil combatientes resueltos habría posibilidad de lanzarse sobre el enemigo descuidado, de ganarle una batalla, de detener su marcha y de fortalecer á la vacilante fortuna de la Francia. Pero Grouchy debía hallarse en poder de los prusianos y de los ingleses, y no era posible contar con un solo cuerpo completo. Para reunir quince ó veinte mil hombres tendría Napoleón que esperar en Laón durante diez ó doce días, y esto reuniéndolos uno á uno. Era mucho mejor que emplease este tiempo en organizar y fortalecer los poderes públicos acudiendo á París. En este caso podía permanecer algunos días en la capital y volver después á ponerse al frente del ejército reunido y reorganizado por el mayor general. Estas razones, que eran especiosas, determinaron á Napoleón, porque no podía resignarse á perder el tiempo en Laón corriendo detrás de los prófugos, mientras que en París podía dedicarse á contener los partidos, á reanimar la administración y á crear nuevos recursos. Si hubiera sabido que Grouchy estaba sano y salvo, se hubiera quedado; pero teniendo razones suficientes para creerle perdido, prefirió ir á París. En vista de esto puede decirse que Grouchy contribuyó dos veces á su ruina; la primera obrando sin conocimiento, y la segunda ha-

ciendo temer que hubiese obrado con poco tacto después de la derrota, lo que no era verdad, porque en aquel momento conseguía salvar milagrosamente á su cuerpo de ejército.

Resuelto Napoleón á marchar, ordenó á la milicia nacional de las comarcas vecinas que saliese al encuentro de los prófugos y los encaminase á Laón. Dejó el mando del ejército al mayor general mariscal Soult y se llevó consigo á su hermano Jerónimo que se hallaba herido en el brazo y en la mano. Recomendó al mariscal que reformase y reorganizase á las tropas lo más pronto posible, y le anunció que después de atender á los asuntos más urgentes volvería á encargarse del mando del ejército. El día 20 partió en un carruaje con dirección á París.

Mientras que Napoleón se decidía á tomar esta grave determinación, París, sorprendido con la noticia del desastre de Waterloo, cayó primeramente en el estupor, y del estupor no tardó en pasar á la más extremada agitación. Las noticias recibidas unas tras otras de un triunfo tranquilizador en los Alpes, de un éxito brillante en Ligny, inspiraron una gran confianza; y los franceses se figuraban que con la ayuda de la fortuna y de la moderación llegaría á concluirse una paz-honrosísima. Estas satisfactorias noticias ocuparon los ánimos hasta el 18. El 19 no circuló ningún rumor. El 20 se supo que los ministros habían sido llamados de pronto á casa del príncipe José, y se extendieron por la capital los más tristes rumores. Poco después se supo que José había anunciado un gran desastre á los miembros del gobierno, y les había recomendado que esperasen con calma las órdenes que Napoleón debía dirigirles, lo que era más fácil de aconsejar que de obedecer. La emoción fué de las más vivas, y la opinión de que Waterloo iba á ser la señal de una nueva revolución se apoderó de todas las imaginaciones. Con efecto, la idea que desde el regreso de la isla de Elba reinaba en todos los ánimos era la de que si Napoleón por el odio que inspiraba á la Europa se convertía en un peligro para la Francia, era también una seguridad para el país por el poderío de su espada. Esta espada acababa de romperse en Waterloo, y á partir de este instante ya no se le consideraba universalmente más que como un peligro sin compensación, que debía bajar nuevamente del trono para dejar de ser un peligro. Los vulgares adoradores del triunfo decían pura y simplemente que había vuelto á Francia á jugar el último albur, que lo había perdido, y que no le quedaba más partido que ceder el puesto á otros. Las personas que buscaban sus razones en un orden de ideas más elevado, decían que después de haber comprometido á la Francia con la Europa en su primer reinado, hubiera obrado mejor no volviendo; que después de volver gracias á una tentativa de las más temerarias, sólo de un modo hubiera podido excusar esta tentativa, adoptando esta buena política y consiguiendo la victoria; que no habiendo logrado la victoria, debía, sacrificándose, poner fin á una serie de peligros cuya causa era, sin poder llegar á ser su remedio.

Esta opinión fué general en poco tiempo y cada cual la expresaba á su manera. Los realistas, animados por una loca alegría, proclamaban en alta voz que la caducidad inmediata de Napoleón era un sacrificio debido

al bienestar, á la salvación de la Francia; y que de todos modos este comportamiento no sería para él más que un justo castigo de sus atentados. Los revolucionarios honrados, los liberales jóvenes que sin desear á Napoleón le habían aceptado de las manos del ejército como el único hombre capaz de defender los intereses de la revolución y de la Francia, al ver que habían confiado demasiado, si no en su genio al menos en su fortuna, se hallaban confusos, desolados, y no titubeaban en decir que era preciso pensar exclusivamente en la Francia y salvarla sin él si no podían salvarla con su ayuda.

Los hombres adictos á la dinastía de los Bonaparte por afecto ó por interés, los revolucionarios completamente comprometidos, eran los únicos que se atrevían á sostener la necesidad de adherirse resueltamente á Napoleón para perecer con él bajo las ruinas del imperio.

Sin embargo, algunos hombres inteligentes, bastante raros es verdad, sostenían esta opinión con mejores razones. Decían que después de haber cometido la torpeza de llamar ó de dejar volver á Napoleón, el único medio de repararla era perseverar y unirse á él fuertemente; que quedaban recursos para continuar la guerra, recursos que en sus manos podían ser eficaces; que teniéndole por jefe, el éxito de la resistencia al enemigo era posible, pero imposible con cualquier otro; que la esperanza de entrar en negociaciones con la Europa sacrificándole á Napoleón, era no sólo poco honrosa, sino quimérica; que la Europa odiaba á Napoleón y extendía su odio á la Francia; que haría las promesas más brillantes, pero que en cuanto se tuviese la debilidad de escucharlas sólo Dios sabía lo que llegaría á ser del país, de su territorio y de su libertad.

Dos hombres eminentes profesaban esta opinión, Carnot y Sieyes: Carnot porque habiendo vivido tres meses al lado de Napoleón, habiéndole visto sencillo, franco, pronto á reconocer sus faltas cuando no se las echaban en cara, y consagrado por completo á la defensa del país, había concluido por afiliarse á él; Sieyes porque á pesar de no tener afecto á Napoleón, lo mismo entonces que antes juzgaba la situación con su acostumbrada superioridad de inteligencia, y pensaba que era preciso ó resistirse con Napoleón ó entregarse inmediatamente á los Borbones. Ahora bien: como esta última solución era para él inadmisibile, no titubeaba y creía que debían unirse á Napoleón franca y enérgicamente, confiando á su dirección todas las fuerzas de la nación. Así lo dijo en términos muy expresivos á Mr. Lanjuinais, á quien encontró sumamente alterado de resultados de la noticia de los sucesos de Waterloo. Mr. de Lanjuinais era en efecto de los que no se habían adherido á Napoleón más que impulsado por la razón de utilidad pública: faltando este motivo, ningún otro podía conservarle al lado del guerrero derrotado. «Pensad bien lo que vais á hacer, le dijo Sieyes, porque sólo ese hombre es quien puede salvaros. No es un tribuno lo que necesitáis, sino un general. El sólo cuenta con el ejército y puede dirigirle. Deshaceos de él en cuanto os haya servido, no seré yo quien le compadezca; pero procurad antes aprovecharos de él, confiadle todas las fuerzas de la nación, y quizás lograréis conjurar el peligro que os amenaza. De otro modo perderéis infaliblemente á la revolución y acaso á la misma Francia.»

En cierto modo Sieyes tenía razón. Si querían que triunfara la libertad por influencia de los nuevos liberales y de los antiguos revolucionarios (los que no tenían la menor mancha en su vida política), unos y otros sinceramente identificados con esta noble causa y mereciendo conseguir el triunfo; si querían librar á la Francia de la humillación de admitir un gobierno impuesto por el extranjero; si querían conservar su territorio, su grandeza y preservarla de los excesos de un enemigo victorioso, no tenían más que un recurso: la unión entre sí y después con Napoleón. Sólo él podía obtener del ejército y de la parte enérgica de la nación los últimos esfuerzos del patriotismo; sólo él era capaz de hacer que estos esfuerzos produjesen eficaces resultados. Creer que con una asamblea constituida revolucionariamente se renovarían los prodigios de energía de la Convención nacional, era un delirio de maniáticos incorregibles, como los hay en todo tiempo, y como los había entonces y numerosos en el partido revolucionario.

Pero, es preciso reconocerlo, además de esta solución que consistía en salvar la libertad y la inviolabilidad del territorio con el auxilio de Napoleón, había otra. Con los Borbones no se perdía irremisiblemente la libertad; al contrario, tenía bastante fuerza para dominarlos como no hacía mucho había dominado al mismo Napoleón, arrancándole *el Acta adicional*; y en cuanto á la integridad del territorio de la Francia, se dudaba tanto del triunfo en una lucha desesperada contra los ejércitos enemigos, que aceptar francamente á los Borbones, imponiéndoles condiciones ó bien imponiéndoselas á la Europa, que era la que los sostenía, era no sólo la más probable solución, sino la menos peligrosa, si se sabía hacer que las cosas llegasen á este punto hábil y honradamente. Un buen ciudadano podía proponerse este fin, con tal de no pensar en sí propio, sino en el país; con tal de que impusiese condiciones para la libertad, para el territorio, no para satisfacer su ambición personal; en una palabra, con tal de que este acto fuese hijo en él de un arranque patriótico y no de una intriga baja é interesada. Pero aunque prontos á sacrificar á Napoleón, los hombres que llenaban las dos cámaras se hallaban tan poco preparados para recibir á los Borbones (bien fuera por repugnancia ó por interés), que para llevar á cabo la transición hubiera sido necesaria, después de una completa honradez, una profunda habilidad, un inmenso ascendiente, lo que suponía un hombre extraordinario, y este hombre con todas estas condiciones no existía.

Dos había, sin embargo, que podían hacer mucho por entonces para salvar al país: el mariscal Davout y monsieur Fouché. El mariscal Davout gozaba en el ejército de un ascendiente merecido. El solo, después de Napoleón, tenía la autoridad necesaria para reorganizarle; y si obraba en París como había obrado en Hamburgo, podía contener por espacio de mucho tiempo el vuelo de la Europa victoriosa. Su honradez estaba al abrigo de toda sospecha, pero si no carecía de criterio político se hallaba completamente falto de destreza, de habilidad. No era capaz de observar más que una conducta, la de reunir á los miembros del gobierno, proponerles atrevidamente el partido mejor en su concepto, aunque fuera el de llamar á los Borbones, y después romper su espada si no daban oídos á sus consejos. Pero era inca-

paz de inducir diestramente á los partidos á contribuir á un fin difícil, sujeto á controversia, y sobre todo teniendo que ser disimulado algunos días á pesar de su honradez. Mr. Fouché era otra cosa. Si la honradez, el interés y el ascendiente sobre el ejército le faltaban enteramente, poseía en el más alto grado el arte de engañar á los partidos y de conducirlos á un fin, negándoles con el mayor descaro que avanzasen hacia este fin. En una palabra, tenía mucho de lo que el mariscal Davout tenía muy poco, y en una revolución en la que era preciso no cuidarse más que del país, no era capaz de pensar más que en sí propio. La noticia del desastre de Waterloo fué un aguijón extraordinario para su actividad, su vanidad y su ambición. Verse libre de Napoleón era para él un motivo de complacencia, y además ofreciendo este suceso probabilidades casi seguras de triunfo á los Borbones, sin contar con que en medio de la actual confusión, hallándose abatido el gigante, se figuraba que en aquel caos ninguna cabeza podría dominar á la suya. Se consideraba único dueño de la situación, representando en 1815 el papel que Mr. de Talleyrand había representado en 1814, y con más poder aún, porque disponiendo de los partidos en el interior de París; en tratos en el exterior con los ejércitos enemigos detenidos ante la capital, se lisonjaba de ser el árbitro tanto de la Francia como de la Europa, y en su ridícula ceguera no comprendía que si Mr. de Talleyrand, aconsejando con autoridad y decisión de criterio á los soberanos victoriosos, había conseguido la Carta de 1814, él, procurando engañar á todos los partidos para acabar por engañarse á sí mismo, no lograría más que entregar la Francia, y con ella las cabezas más ilustres, á la cólera de la emigración y de la Europa. Con efecto, 1814 había sido una reconciliación, que los Borbones hubieran podido hacer duradera: 1815 no debía ser más que una odiosa venganza, y no valía la pena de apresurarse á realizarla!

En cuanto llegó la fatal noticia, Mr. Fouché se puso en movimiento para tramar intrigas de todas clases. No prefería á los Borbones, y conocía que su triste cualidad de regicida levantaba entre ellos y su persona una eterna barrera; mejor hubiera respondido á sus deseos la regencia de María Luisa que convenía á los bonapartistas y al ejército, ó el duque de Orleans, á quien muchos amantes de la libertad y muchos jefes militares volvían los ojos por entonces; pero si el duque de Orleans, si María Luisa eran transacciones que hubieran podido esperarse de la Europa vencida ó victoriosa á medias, no debía suceder lo mismo después de un desastre como el de Waterloo, y la única solución verdaderamente probable era el gobierno de los Borbones, impuesto sin condición alguna por el extranjero. Previéndola monsieur Fouché, se resignaba á ella con tal de que esta solución fuese su obra y pudiese hacerla redundar en su beneficio. Para obrar con mayor seguridad y tomar sus precauciones, inauguró sus actos dando un paso de los más significativos. Mr. de Vitrolles, cuyo papel en la época anterior conocen ya nuestros lectores, había permanecido prisionero en Vincennes después de su arresto en Tolosa; y Napoleón, sin querer que fuese fusilado como pretendía Mr. Fouché para atribuirse el mérito de haberle salvado, le conservó en rehenes, sin perjuicio de ver más tarde lo que haría con él. De este